

UCRANIA EN LA ENCRUCIJADA¹

UKRAINE AT THE CROSSROADS

Guillermo Á. Pérez Sánchez

Universidad de Valladolid

ORCID: 0000-0002-0518-000X

guiller@fyl.uva.es



| El origen —próximo— de todo: la crisis generada entre otoño de 2013 y la primavera 2014 |

La situación de crisis que se sufre actualmente en Ucrania —llevada al extremo con la invasión rusa el 24 de febrero de 2022— tiene su origen inmediato en los convulsos meses que van de noviembre de 2013 a abril de 2014. En efecto, el 21 de noviembre de 2013, el presidente de Ucrania Víktor Yanukóvich anunciaba de manera inopinada por los cauces oficiales que «el proceso de preparación de la firma del Acuerdo de Asociación [AdA] con la Unión Europea ha quedado suspendido»¹. Todo hacía indicar que Rusia había logrado atraerse a Ucrania —que, en función de su situación geográfica se encuentra, a modo de «Estado-tapón», entre Rusia y Europa (que actualmente coincide en la práctica con la Unión Europea)— a su esfera de influencia con el objetivo de lograr su vinculación a su proyecto de Unión Euroasiática:

«Para el Kremlin entran en juego factores de orden político-cultural: Moscú sitúa los orígenes de Rusia en Ucrania y para ello se remonta al que fuera el Rus de Kiev durante la Edad media. Además, en términos geoestratégicos, Ucrania garantiza a Rusia un perímetro de seguridad que no quiere perder. Ya en 1997, en El gran tablero de ajedrez, Zbigniew Brzezinski escribió: “Sin Ucrania, Rusia deja de ser imperio, mientras que, con Ucrania, sobornada y posteriormente subordinada, se convierte automáticamente en una gran potencia mundial (...)”»

¹ Recibido/Received: 13/07/2022

Aceptado/Accepted: 22/07/2022

Sin embargo, el paso dado –a la postre un paso en falso– fue rechazado por un sector de la población que desde el 22 de noviembre se había concentrado en la Plaza de la Independencia de Kiev, y que el 24 se manifestó lanzando la siguiente consigna: «¡Ucrania es Europa! ¡Queremos nuestra integración europea!». Cuando días después, el 30 de noviembre, las fuerzas del orden pretendieron terminar con las concentraciones ciudadanas, su epicentro –la citada Plaza de la Independencia– se convirtió de inmediato en la «Plaza de Europa: la *Euro-Maidán*», llamada a vivir a partir de ese momento hechos trascendentales para Ucrania⁴, como se demostró cuando el 1 de diciembre dichos manifestantes ya no se limitaron a reivindicar que son Europa, sino que también demandaron el final del régimen del Presidente Yanukóvich, pretensiones en la que estuvieron acompañados por representantes de la oposición parlamentaria: por Arseni Yatseniuk, del partido *Batkivshchyna* (Patria); Vitali Klichkó, del partido *Udar* (Golpe), y Oleg Tiagnibok, del partido *Svoboda* (Libertad):

«Muchos [de los manifestantes] vienen de las regiones occidentales del país. Casi ninguna del este, pero por el momento, nadie parece inquietarse por este desequilibrio. (...). Se sospecha que algún oligarca contribuye sustancialmente a su existencia. La cara más visible es la de Petró Poroshenko [empresario del chocolate y futuro Presidente del país], un representante de la oligarquía proeuropea (...).»

En ese momento, sin embargo, no lograron su objetivo ante el rechazo de sus demandas por parte del Partido de las Regiones, la formación de Yanukóvich, con el apoyo del Partido Comunista.

Con *Euro-Maidán* todavía en pie, a lo largo de diciembre se mantuvieron los contactos diplomáticos entre la Unión Europea –de la mano de Catherine Ashton⁶, su Alta Representante– y las autoridades ucranianas, además de Estados Unidos que había apostado en Kiev a Victoria Nuland, secretaria de Estado adjunta. Ello sin olvidarnos de Rusia, para quien sería de gran importancia –como ya se ha dicho– vincular a Ucrania a la Unión Aduanera junto a Bielorrusia y Kazajstán, sobre la base de un préstamo millonario (15.000 millones de dólares) y la rebaja de un tercio en el precio del gas, aunque, en palabras de Vladimir Putin, «Rusia no impone nada a nadie, no buscamos la hegemonía regional, pero si nuestros socios quieren trabajar con nosotros, estamos dispuestos a continuar»: sea como fuere, el 17 de diciembre Putin y Yanukóvich cerraron en Moscú dicho acuerdo. Lo anterior lleva el desánimo a *Euro-Maidán*, ya que los manifestantes creen que Yanukóvich ha ganado la partida, y en la Nochevieja sentencian: «Ha vendido nuestra Patria. Es un traidor.» El momento de desesperación quiere ser aprovechado por el Gobierno, que somete a la aprobación inmediata de la Rada Suprema (Parlamento) –el 15 de enero de 2014– una serie de medidas legislativas para cercenar derechos fundamentales, entre ellos la libertad de expresión y manifestación. Sin embargo, dicha actuación, muy criticada por la oposición y también por la Unión Europea y los Estados Unidos, produce el efecto contrario al buscado por las autoridades, ya que *Euro-Maidán*, en los días siguientes, logró reactivarse henchido de buenos propósitos para plantar de nuevo cara al autoritarismo de Yanukóvich. No obstante, en este

proceso de acción-reacción, la protesta no tardó en radicalizarse al producirse conatos de violencia callejera, y fue en ese momento cuando comenzó a tener protagonismo *Praviy Sektor* (Sector Derecho o Sector Justo) a modo de «brazo paramilitar de la revuelta» en alianza con la *Somooborona*, una especie de comités de autodefensa propios de *Euro-Maidán*:

[*Praviy Sektor* agrupa en su seno] «a una miríada de grupúsculos de carácter ultranacionalista, muchos de los cuales se identifican con la extrema derecha. Encuentran su inspiración en el *UPA*, el ejército insurgente ucraniano que encarnó la resistencia antisoviética durante las décadas de 1940 y 1950 [antes y después de la Segunda Guerra Mundial]; una lucha que les llevó a forjar una polémica alianza con el ejército nazi. Los miembros de Sector Derecho prefieren definirse a sí mismos como “ucranianos ultranacionalistas, tradicionalistas y cristianos”. Entre las facciones que lo integran se encuentra *UNA*, la Asamblea Nacional Ucraniana; *UNSO*, la Autodefensa del Pueblo Ucraniano; y la organización paramilitar *Trizub* (Tridente), heredera de otra figura objeto de controversia, Stepán Bandera, un líder de la resistencia nacionalista asesinado por los servicios secretos soviéticos, la *NKVD* (predecesora del *KGB*), poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial. De su nombre deriva el adjetivo “banderista” que tanto se ha utilizado después en Moscú, en Crimea y en las regiones separatistas del este de Ucrania para descalificar a los protagonistas de *Maidán*».

La entrada en acción de *Praviy Sektor*, ultranacionalistas, antieuropeístas y, sobre todo, antirrusos insufló nuevos aires a la protesta e incentivó el patriotismo en los manifestantes. Así, de la mano de Sector Derecho/Sector Justo, se fraguó el nuevo nacionalismo ucraniano al calor de los acontecimientos del invierno de 2014, que hacía de Rusia –en función del conocido aserto amigo-enemigo– su rival fundamental.

La radicalización violenta de la protesta (incluso con víctimas mortales) no tardó en convertirse en una revuelta en toda regla contra el régimen imperante, en especial en el centro y oeste de Ucrania, lo que demostraba la fractura entre esa parte del país y el este. En un intento desesperado por mantenerse en el poder, el presidente Yanukóvich anunciaba el 28 de enero de 2014 una serie de medidas, que fueron promulgadas el día 31: cesar a su Primer Ministro, derogar la legislación represora, amnistiar a los detenidos. Sin embargo, para *Euro-Maidán* todo lo anterior era ya claramente insuficiente. En efecto, la evolución de los acontecimientos durante las semanas siguientes, en especial a partir del 18 de febrero, solo evidenció la división existente –insalvable ya– entre las «dos Ucránias». La situación, como también sabemos, alcanzó una repercusión internacional con Estados Unidos (que apostaba por hacerse presente de manera más visible en el este de Europa, empezando por Ucrania) mostrándose muy crítico con la Unión Europea (arrastrada según Washington a la inoperancia por sus divisiones internas), y con Rusia acusando a ambos actores occidentales de injerencia en asuntos de terceros países, es decir, en Ucrania.

A pesar de todo, la Unión Europea siguió apostando por el diálogo entre las partes, y gracias a los buenos oficios de sus «enviados especiales» a Kiev -los ministros de Asuntos Exteriores de Polonia, Radoslaw Sikorski; de Alemania, Frank-Walter Steinmeier, y de Francia, Laurent Fabius-, logró que el 21 de febrero las autoridades ucranianas (con Yanukóvich al frente) y una representación de la oposición (formada por Arseni Yatseniuk, Vitali Klichkó y Oleg Tiagnibok) establecieran un acuerdo para terminar con la crisis que recogía, entre otras, las siguientes medidas: adelanto electoral, formación de un Gobierno de transición y reforma de la Constitución (sobre la base de la Carta Magna de 2004). Dicho acuerdo, con el aval del triunvirato en representación de Bruselas, fue firmado por todas las partes enfrentadas; y en palabras del ministro alemán de Exteriores Steinmeier, era «tal vez, la última oportunidad para encontrar una salida a la espiral de violencia». Sin embargo, se cumplieron los peores presagios al no ser aceptado el mencionado acuerdo por *Euro-Maidán*, y ante esta reacción los representantes de la oposición y, sobre todo, la Unión Europea, que había prestado su aval, se vieron impotentes y superados por los acontecimientos. Sin solución de continuidad, y ante la presión de *Euro-Maidán*, en especial de su sector más radical que el 22 de febrero asaltó las sedes gubernamentales, Yanukóvich, ante lo que consideraba un «golpe de Estado» (como así lo vio también Moscú), abandonó Kiev, abdicando de sus responsabilidades al frente del Estado. Ante el vacío de poder creado en Ucrania, *Euro-Maidán* empujó a actuar a la Rada Suprema contra el ex mandatario y llevar a cabo un recambio de régimen. El proceso empezó por la destitución de Yanukóvich, aprobando a continuación la convocatoria de elecciones presidenciales.

Como señalamos más arriba, dicho proceso fue descalificado por el Gobierno ruso, que el 23 de febrero llamaba a consultas a su Embajador en Kiev, a la vez que defendía la validez del acuerdo alcanzado el día 21 con el aval de la UE; así las cosas, el propio ministro de Asuntos Exteriores ruso Serguéi Lavrov no dudó en cargar contra la oposición al considerar que «no solo no ha cumplido ninguna de sus obligaciones, sino que sigue presentando nuevas exigencias bajo el liderazgo de los extremistas armados y de los progromistas cuyas acciones amenazan la soberanía y el orden constitucional de Ucrania». Lo anterior vino a demostrar la distancia que, con respecto a la situación de Ucrania, separaba a Rusia de la Unión Europea. Esta, a pesar de haber avalado el acuerdo firmado por las partes afectadas, y que de la noche a la mañana por el empuje de la calle pasó a ser papel mojado, no dudó, tal como lo expresó el ministro polaco de Exteriores Sikorski, en cambiar su aval al señalar que el Parlamento de Kiev había actuado dentro de la más estricta legalidad. A renglón seguido, el ministro de Exteriores británico William Hague también mostró su compromiso con el proceso en marcha a través de su Twitter al escribir: «Acuerdo con el ministro de Exteriores alemán para apoyar al nuevo Gobierno de Ucrania y para obtener el vital paquete de financiación del FMI».

A la hora de formar Gobierno de carácter interino, la presión de *Euro-Maidán* fue fundamental, como lo demostró su siguiente proclama: «Queremos cambios. No hemos hecho la revolución para pactar con el enemigo.» En este sentido, el nuevo ejecutivo lo iban a componer sectores tecnócratas, en el sentido más económico que quería Estados Unidos, con representantes salidos de *Euro-Maidán*, sin que la Unión Europea lograra

hacer valer su tesis —otro fracaso en la cuestión ucraniana— de establecer un gabinete de «unidad nacional» de amplia mayoría, motivo por el cual los nuevos ministros procedían sobre todo del oeste del país. Así las cosas, con el lema «Creemos en vosotros», *Euro-Maidán*, constituida en asamblea abierta —«Veche»—, procedía el 26 de febrero a refrendar «a los diferentes candidatos designados, en una ceremonia simbólica de democracia directa en la que no se llega a votar».

| Estado bisagra Estado Tapón, Estado "finlandizado", dos países |

Al consumarse en Ucrania el recambio de poder con la entrada en funcionamiento del Gobierno interino, el Kremlin no dejó de advertir a la comunidad internacional que el proceso puesto en marcha, que implicaba «forzar a Ucrania a elegir entre Bruselas y Moscú», bien podría impulsar nuevos episodios de crisis hasta el punto de repercutir sobre la unidad territorial del país:

«De manera general, Ucrania y Bielorrusia dependerán cada vez más de las relaciones entre la UE y Rusia. El istmo que separa el mar Báltico del mar Negro vuelve a ser lo que fue durante siglos: un espacio frontera, una zona tapón, antaño caracterizada por la rivalidad polaco-rusa y ahora marcada por el nuevo juego de equilibrio al que se entregan los dos gigantes del continente europeo, la UE y la Federación Rusa.»

En todo caso, las autoridades rusas declararon a finales de febrero en alerta a las unidades militares del centro y oeste de la Federación de Rusia. En la información que llegó a los medios de comunicación, negando que tal medida estuviera en relación con el proceso que se estaba viviendo en Kiev, se decía taxativamente que el objetivo fundamental era «garantizar la seguridad de sus instalaciones y arsenales»¹⁶ situados en Ucrania y, de manera especial, en la Península de Crimea¹⁷. En un trabajo, publicado por primera vez en 1994, veinte años antes de la reincorporación de Crimea a Rusia, Erlends Calabuig escribía lo siguiente:

«El enfrentamiento ruso-ucraniano es ante todo político y no geoestratégico. El mar Negro es un gran lago. (...). Más allá del reparto de la flota, el verdadero desafío concierne al estatuto mismo de Crimea. En Sebastopol y sobre todo en la costa, la población rusa se siente dueña de la península a despecho de la soberanía nominal de Kiev. En 1954, Nikita Kruschov, hijo de minero ucraniano y dirigente de la URSS, decretó donar Crimea, hasta entonces rusa, a Ucrania [se cumplía, como sabemos, el tercer centenario de la vinculación de Ucrania al Imperio ruso] para sellar “la amistad secular entre los dos pueblos”. Bajo el antiguo centralismo soviético, era una donación sin consecuencias. Pero tras la reciente independencia de Ucrania, estamos en otra situación. Y los nacionalistas rusos reclaman la

retrocesión de Crimea a Rusia. (...). En suma, la cuestión de la soberanía en Crimea queda lejos de estar resuelta.»

A propósito de la «cuestión de Crimea»¹⁹, que en menos de un mes, del 27 de febrero al 21 de marzo, había vuelto a estar bajo soberanía rusa, y con el corolario del inicio el 6 de abril del enfrentamiento armado en el este (en especial en la regiones de Donetsk y Lugansk)²⁰, con la disyuntiva entre federalización o ruptura de la unidad nacional (el 17 de marzo, Rusia proponía la creación de un «grupo de apoyo» para una Ucrania federal y neutral, es decir, un Estado tapón), la crisis ucraniana entró en una nueva fase con el protagonismo –y en beneficio– de la Federación de Rusia:

«Tras haber formado parte de los imperios ruso, polaco y austríaco, luego de la Unión Soviética, ¿sería de nuevo Ucrania esclava de su propia geografía, condenada al eterno estatus de “Estado tapón”? Esta situación de “entredós”, de país enclavado entre Europa y Rusia aporta un lastre a las aspiraciones europeas de Kiev.»

| Ucrania en función de Rusia |

La actitud de Rusia en la actual crisis de Ucrania debe entenderse en función de lo que los actuales dirigentes del Kremlin perciben como el punto final al «retroceso estratégico» que a su entender venía sufriendo Rusia en el tablero geopolítico desde los años de la perestroika de Gorbachov, que condujo, como sabemos al colapso del sistema soviético en la Europa del Este y a la desintegración de la Unión Soviética. En efecto, «Rusia apreció cómo desaparecían, o se reducían, sus capacidades de control sobre lo que ocurría en las repúblicas del Báltico, en Bielorrusia, en Moldavia, en Ucrania, en el Cáucaso y en el Asia Central», y para no seguir retrocediendo tampoco servía la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Rusia, como ya ocurrió una década antes cuando se vio en la necesidad de plantar cara a la actitud de Estados Unidos de ampliar su influencia en el universo exsoviético –mediante el apoyo a las denominadas «revoluciones de colores»: Georgia (2003), Ucrania (2004), Kirguizia (2005)–, reivindicó de nuevo el proyecto caracterizado por el diseño de controlar los países del «extranjero cercano» con la intención de actuar «en pie de igualdad en Estados Unidos, la Unión Europea y China».

Estaríamos ante la quintaesencia de lo que los especialistas denominan el nuevo «Gran Juego» internacional: «En efecto, el juego se ha ido complicando estos últimos años, a medida que Pekín hizo su entrada en los asuntos de Asia Central y que Europa, como consecuencia de la guerra del gas ruso-ucraniana de enero de 2006, acelerara sus proyectos de captación de esta riqueza del Caspio. Petróleo, seguridad, lucha de influencias y batallas ideológicas: para salvar su apuesta en el “Gran Juego”, es necesario jugar en todos los tableros a la vez.»

| Nota Biográfica |

Guillermo Á. Pérez Sánchez es Doctor en Historia Contemporánea -con Premio Extraordinario- por la Universidad de Valladolid, Catedrático de Universidad de Historia Contemporánea y director del Instituto Universitario de Estudios. Ha investigado sobre el ideal europeísta, la historia actual de los países del Este y de la antigua Unión Soviética y, también, sobre las relaciones Norte y Sur en el mundo actual en distintos centros europeos, fruto de lo cual ha publicado varios libros, Ha sido «Salvador de Madariaga Fellow» en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, donde ha trabajado sobre cuestiones relacionadas con la integración europea y publicado diversos trabajos, Ha realizado estancias de investigación y docencia en distintas universidades europeas e iberoamericanas, en estas últimas de la mano de proyectos de investigación competitivos sobre los procesos de integración en Iberoamérica y su relación con el proceso de integración europea.